

IV CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

Las Otras Mujeres

Tal vez lo más difícil sea explicar qué hacía yo en Biankouri, un pequeño poblado al norte de Togo, el país del África Subsahariana cuyo pequeño litoral fue bautizado como la Costa de los Esclavos. De todas las maneras ya tengo alguna experiencia; son muchas las personas, empezando por mi propia familia, ante las que siento como si tuviera que justificar por qué una joven valenciana de 23 años, titulada en enfermería, en vez de buscar novio y trabajo se embarcó en la locura de viajar hasta un país extraño, dónde extrañas son también sus gentes y sus costumbres. La dificultad nace, en realidad, por que no hay ninguna razón: o más bien que la única razón es, como dicen los abogados, circunstancial.

De esto que les hablo ha pasado mucho tiempo. Fue en junio de 1999 cuando acompañé a una amiga, que también había finalizado recientemente sus estudios de enfermería, a la reunión de un grupo de monitores que preparaban un campamento de verano para alumnos del colegio salesiano de la calle Sagunto, en Valencia. Al finalizar la reunión, alguien comunicó que había recibido una invitación para participar como voluntarios en un proyecto de cooperación internacional, y aún no sé muy bien cómo me encontré guardando un folleto explicativo en mi bolso, aunque supongo que lo hice simplemente por que me daba vergüenza tirar el papel delante de mi amiga.

Sea como sea, lo cierto es que varios días después, cuando me afanaba en planificar un verano que parecía plantearse aburrido, aquella invitación apareció en mi bolso como una posibilidad salvadora, y pocas semanas más tarde me encontraba descendiendo de un avión en el pequeño aeropuerto internacional de Lomé, la capital de Togo.

Para alguien que apenas ha salido de su ciudad realizar un largo viaje en avión, con dos trasbordos incluidos, y tomar tierra en un país lejano y desconocido era algo excitante, emocionante. Mi destino era el Centro de Recuperación y Educación Nutricional de Biankouri, un modesto programa promovido por Solidaridad Don Bosco para luchar contra la malnutrición y las enfermedades de la población infantil, especialmente entre los recién nacidos de aquella región, inhóspita y dura ante los ojos de quien, como yo, no conocía sino el comfortable bienestar de nuestra sociedad. En aquel lugar, estoy segura, Dios debe avergonzarse de lo que es capaz su principal criatura, no en vano ostenta el macabro mérito de ser uno de los sitios del mundo en los que mayor número de niños mueren. Y precisamente allí, en sobrecogedor silencio mediático, cada año el Centro Salesiano atiende con los escasos y precarios medios de que dispone a casi medio millar niños, en su mayoría esqueléticos bebés de ojos legañosos, sorprendentemente silenciosos y apáticos.

Durante el verano, el personal del centro era reforzado por cooperantes voluntarios que durante mes y medio prestaban toda la ayuda que podían, y que era en realidad más bien poca. Al menos esa es la sensación con la que regresé viendo la situación real en que quedaba aquella gente cuyos rostros el

paso del tiempo ha difuminado, lo confieso avergonzada, en mi memoria. Bueno, no todos en realidad. El rostro asustado de Taila lo recuerdo claramente, como si acabara de verlo ahora mismo reflejado en el cristal de la ventana desde donde evoco aquellos primeros días.

Fue una tarde de principios de agosto, a punto ya de finalizar la larga jornada de trabajo en el campamento. En el horizonte verde de aquel rincón africano donde la selva se extiende de este a oeste como un cordón umbilical que une Ghana y Benin, la luz crepuscular del rápido atardecer selvático llena de reflejos policromados el ocaso, produciendo un océano de destellos multicolores cuyos matices jamás pude imaginar antes, y cuya realidad sólo es incuestionable por que se adorna con el murmullo vivo y constante de los mil ruidos y sonidos que a todas horas llenan la selva.

Desde la ventana del dispensario, mientras ordenaba el material médico y desinfectaba los instrumentales metálicos de la consulta, no sé en qué preciso momento vi aparecer una figura pequeña, a contraluz compacta y sólidamente oscura, que emergió del interior de la selva rompiendo el linde desbrozado del campo de trabajo donde se ubican las instalaciones. Aquella figura rápidamente se hizo más grande, y cuanto mayor se hacía más nítida y clara la percibí. Sin duda era una joven ewé la que corría hacia donde yo estaba, agitando su brazo izquierdo por encima de la cabeza mientras el derecho se apretaba, rígido e inmóvil a la altura de su pecho, contra el pequeño bulto que envolvía la tela sucia de un viejo saco de algodón.

A mitad de camino entre la alta muralla de árboles que tan recelosamente yo solía mirar -como si de allí sólo pudiera esperar algo desconocido y amenazante- y nuestro confortable y civilizado refugio, la carrera muda de aquella mujer se transformó en un grito ilegible que rompió el sosegado silencio del centro, llenándolo de sonidos incomprensibles al principio y que luego, como su propia figura, fueron ganando claridad.

- ¡Socorro, ayúdenme! -conseguí comprender al fin cuando dejó de utilizar el dialecto ewé y gritó en francés. Su voz, afónica y quebrada, llegó desesperada hasta mí. Sin saber que hacer me acerqué a la ventana, donde permanecí quieta como una estúpida.

Por fortuna para Taila, y también para mí, rápidamente salieron de otras habitaciones y dependencias médicos y enfermeras que corrieron al encuentro de la muchacha, le arrebataron literalmente el bulto que sujetaba el brazo agarrotado tras la larga marcha por la selva y se lo llevaron, ajenos completamente a la joven, al interior del edificio. La chica se quedó sentada allí, a mitad de camino, reclinada hacía delante, exhausta y como ausente.

La noche llegó como una sombra veloz que funde los colores, lima los contornos y devora la luz. Llegó la noche y la muchacha siguió replegada sobre sí misma, muñón oscuro que rompe el camino.

Terminada mi faena, cuando todo estaba reluciente y ordenado, salí del dispensario. Lentamente me acerque a la chica, o mejor dicho, al hueco negro

donde intuía que seguía la pobre mujer. El leve susurro de una tela al moverse me hizo pensar que mi intuición era correcta.

-¿Estás bien?-le pregunté en francés, modulando despacio cada sílaba.

-¿Y mi hijo, está bien? -me respondió una voz muy gutural que salía de un rostro que permanecía oculto por las sombras.

- Ven. Vamos a verlo -contesté mientras le tendía la mano.

Muchos de los niños son ya irrecuperables cuando llegan al Centro de Recuperación -qué paradoja- Nutricional. Es esta una dolorosa realidad sobre la que te advierten los psicólogos que te entrevistan antes de que definitivamente cojas el avión y te plantes allí, pero lo cierto es que, por mucho que se advierta, el dolor sólo es verdadero dolor cuando la realidad es verdadera realidad. Sobre todo si dicha realidad tiene como protagonista un cuerpecito que se entrega flácido a tus manos, que se entrega, sí, sin resistencia ni oposición, fija en ti la mirada que retiene su hálito final y que se lleva, al apagarse sigilosamente, el último jirón de ingenuidad que queda en tu alma.

La mirada...

Sabes, al final llega una -o se va, no lo sé-, que se lleva no sólo tu ingenuidad, sino que te arranca el alma entera.

Eso fue lo que pasó con el bebé de Taila, aunque de forma lenta. Uno, dos, tres días; el sufrimiento regocijándose en sí mismo, señoreándose sobre la esperanza inocente de la joven madre que confiada abandona su aldea y recorre la selva por sinuosos senderos sin importarle el peligro, segura de la mano blanca que todo lo cura. ¿O es mentira lo que le ha dicho su marido?

Uno, dos, tres días. Setenta y dos largas horas que vive Taila con sorprendente ilusión, anticipo alegre de una segura, para ella, sanación.

Después de los primeros momentos, cuando ya Taila había visto a su bebé en el hospital, la chica se animó sorprendentemente y no paraba de sonreír a todas horas. Me resultaba tan extraño verla así de contenta que llegué a pensar que no había entendido a los médicos cuando le explicaron la gravedad de la situación de su hijo.

Créanme, yo tampoco lo entendí al principio. Cuando le tendí la mano y la ayude a levantarse del suelo donde estaba sentada, por alguna razón que desconozco me sentí responsable de ella y desde entonces la tomé a mi cargo, le busqué alojamiento en el Centro y compartí con ella mi comida y mi tiempo libre, que era más bien poco.

¿Qué más cosas pueden compartir una chica blanca, que en sus vacaciones se plantea irse de voluntaria a África, con una chica negra, cuya única preocupación es la salvación de su hijo?

España. Si, sorpréndanse ustedes, quédense tan perplejos como yo. En realidad no recuerdo muy bien cómo empezamos a hablar de España, pero creo que fue ella quien la mencionó primero. Es raro que alguien que escribe no recuerde cosas como esta, pero comprenderán Ustedes que ni yo soy escritora ni habían pensado jamás en contar esta historia.

Lo que sucedió fue algo poco literario, como suele ser la vida misma. Taila me miró fijamente a los ojos y me preguntó:

-¿Conoces a Koilo?

Al principio pensé que se trataba de alguna de las personas que trabajaba en el Centro, hombre o mujer, que el nombre en sí nada me decía de su género.

-¿Quién es?-le pregunté con la boca llena del chocolate que nos habíamos repartido minutos antes.

-Mi esposo -dijo ella, elevando ligeramente la barbilla con orgullo.

-¿Tu esposo trabaja aquí? -le pregunté sorprendida. Taila me contempló como si me viera por primera vez, o como si valorará el grado de estupidez de que era capaz aquella joven blanca que se sentaba frente a ella, la boca entreabierta dejando ver el marfil blanquecino de sus dientes lleno de manchas negras de cacao.

- Koilo no trabaja aquí, trabaja en España -me contestó como ahora sé que yo contestaría a un niño pequeño.

-¿En España? -volví a preguntar, incrédula y sorprendida.

Y Taila me contó la historia de Koilo, que era también su historia. Bien mirado, la de Koilo y Talia es también la historia de miles de hombres que han ido llegando a nuestro país en los últimos años y puede, por que no, que sea también la historia contemporánea de nuestro país entero, vista en negativo.

Taila se había casado con Koilo hacia tres años, cuando ella sólo tenía trece. El chico, algo mayor que ella, trabajaba como segundo chofer en uno de aquellos monstruosos camiones de nueve ejes que atravesaban la selva en convoy, compuesto por diez o doce vehículos que recorrían más de nueve mil kilómetros por Ghana, Burkina Faso, Benin y Nigeria, cargando y descargando mercancías -cacao, algodón, maíz, caoba, pieles curtidas, etc- en un circuito que solía terminar en el puerto de Lomé, donde enormes buques negros se tragaban en su interior los productos que luego eran trasladados a lugares lejanos.

Koilo era afortunado. Aquello de segundo conductor era una tapadera. Realmente, la misión del muchacho era algo más complicada: vigilar a los que vigilaban, es decir, proteger las mercancías que trasportaban de los propios soldados que supuestamente las custodiaban, según la voluntad comprada de los gobiernos respectivos de los países que atravesaban.

En todo caso, aquellos viajes los hacía cinco o seis veces al año, y duraba cada uno de ellos unas tres semanas. El último de los viajes ocurrió hacia 16 meses, según la propia Taila. La noche antes de la partida, que sería nada más amanecer, Koilo le pidió a Taila que se sentara junto a él, cosa poco habitual según la costumbre ewé. Una vez juntos, el muchacho le dijo a su mujer que aquella vez no regresaría de su viaje directamente, como otras veces.

Koilo llevaba mucho tiempo pensando lo que iba a hacer, y por fin había llegado la ocasión. En Nigeria había conocido una persona que le podía ayudar a viajar hasta Europa, donde le habían dicho que hacían falta muchos trabajadores, de tan viejos como se estaban haciendo los europeos y tan pocos niños como tenían. Allí, además, el salario de un mes equivalía al sueldo de medio año de labor en Togo.

Koilo se esforzaría mucho, ahorraría todo el dinero que pudiera y luego, en cuanto fuera posible, se reencontraría allí con Taila y sus hijos, para los que habría preparado una bonita casa de ladrillos en la que el agua saldría de la pared por grifos de metal. Durante toda la noche la pareja imaginó como sería su nueva vida en Europa, donde los niños no pasan hambre, ni las enfermedades son mortales para ellos porque tienen muchos médicos y hospitales, donde no pueden trabajar hasta que son adultos y además tienen escuelas cerca de casa con muchos maestros.

Aquella última noche en que se vieron, Taila y Koilo compartieron un bonito sueño que llenó de dulces esperanzas e ilusiones el proyecto de futuro de la pareja. Poco antes del amanecer aquellas esperanzas e ilusiones se concretaron en el deseo mutuo de sus cuerpos, que se llenaron uno del otro con el ansia irreprímible de la ausencia anticipada.

¿Fue esa ausencia la herencia que percibí reflejada en la mirada del bebé cuando arrastró tras de sí mi alma entera?

Cuatro meses después de su adiós, Taila recibió una postal desde un sitio llamado Mazarrón, en España. Brevemente escrito en francés por manos ajenas, Koilo le comunicaba que había encontrado faena en el campo, cogiendo tomates, y que Europa no era realmente como se la habían imaginado, aunque en cuanto fuera posible volverían a estar juntos.

Yo vi la postal, arrugada y manoseada, cuarteado el azul intenso de un mar mediterráneo atravesado por velas cuyo surco blanco, como estelas de platas, disimulaban las grietas de la fotografía. Entonces lo comprendí. Este era el secreto de Taila, el motivo de la oculta esperanza que le hacía sonreír sin desfallecer: la espera confiada en un mundo mejor que pronto acontecería en la vida de su familia gracias al esfuerzo y sacrificio de Koilo, que ya participaba como parte activa en aquella realidad imaginada y salvífica.

También comprendí su confusa expresión del tercer día, cuando el fruto de la ausencia de Koilo cerró definitivamente los ojos y Taila descubrió dolorosamente que la omnipotencia no era un atributo innato del hombre blanco. Qué profunda decepción reflejaron los ojos negros de la muchacha.

Unas horas más tarde, Taila se despidió de mí antes de volver a su aldea, dónde otros dos hijos la esperaban. Esta vez sí recuerdo sus últimas palabras con precisión, de tanto como las he repetido en mi interior durante estos cinco años:

- Dile, cuando lo veas, que su hijo ha muerto. Y dile también que sus otros hijos esperan. Esperan que los lleve con él, o que el vuelva con ellos. Dile que yo también espero. Su nombre es Koilo Amivi, y está en Mazarrón, de España -me dijo la muchacha, giró sobre sí misma y se perdió entre los árboles, al final del claro, otra vez su brazo derecho rígido sobre el pecho, ahora marchando ya sin prisas.

Después de regresar a Valencia intenté localizar a Koilo durante meses, pero no tuve éxito. Alguien de una asociación murciana de inmigrantes me comentó que los subsaharianos habían sido poco a poco reemplazados como mano de obra agrícola por otros inmigrantes de origen latino. Koilo, como muchos otros, abandonó Mazarrón en busca de mejor suerte, siguiendo su personal periplo.

Al repasar el relato me surgen de repente dudas sobre quién es el verdadero protagonista de esta historia. ¿Es Taila, la expectante neo-inmigrante? ¿Es Koilo, el marido que se fue a buscar un futuro mejor para su familia? ¿Soy yo, la narradora confusa y sorprendida de esta historia? Después de pensarlo mucho, y habiendo descubierto la amplitud y complejidad de una realidad no por desapercibida excepcional, sino más bien de una lacerante cotidianidad, después de darle muchas vueltas, digo, cada vez estoy más convencida de que el protagonista verdadero eres tú, y soy yo; todos los que, en realidad, participamos por omisión del drama de tantas Tailas y tantos Koilos que comparten su vida con nosotros, desapercibidos y anónimos.

Jesús Molina Pastor